

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

EUROPA Y AMERICA

El lentejuelesco espejismo de suramérica ha inducido a proferir abundantes disparates a los personajes y figurones de occidente, cuya mayoría realizan sus conatos de opiniones a través del cristal neblinoso y azulado de la distancia. Es por ello que no les ofrece el menor inconveniente verlo todo color de rosa y calificar a estas republiquetas de dechado y de ejemplar democracia, de elevada justicia y equidad única. Muchos mientan a sabiendas y para adular, y otros por sincera ignorancia y furiosas ganas de engañarse a ellos mismos.

Entre la densa parvada de estas marionetas, celebridades de provincia, de aldea y de parroquia, se halla Marcelino Domingo, quien nos hace el regalo de sus opiniones *desinteresadas*. Conociéndole de vista por haberle tratado en algunos de sus escritos, jamás nos hubieramos imaginado que su republicanismismo fuera tan *ingenuo*. Si los políticos son lo peor que ramonea sobre la vastedad de la tierra, los de España constituyen la flor y nata de la insulsez.

En un artículo aparecido no sabemos dónde, comenta la influencia de suramérica en la cultura del mundo. Alude luego a Vasconcelos, a Mario Sáenz; al gobierno de Méjico, el cual nombra agregados obreros (sic) en sus embajadas y, finalmente, cita el decreto del zapalito Aivar estatuyendo *fiesta nacional* el día primero de mayo. Con todas estas deslambazadas patrañas le alcanza y sobra para afirmar que América "es una superación de Europa en espíritu democrático".

Al final nos espetará lo siguiente: "América, en 1925, es un conjunto de pueblos soberanos, acomodados a los principios y normas de la democracia."

Este Marcelino ignora que existe un Leguía que deporta y confisca la propiedad de los deportados; ignora que en Chile impera la bota y el sable de la soldadesca; ignora que en Brasil la revolución, recién apagada, conserva aun sus rescollos. En fin, que en este continente del sur, y también en el del norte, la democracia es y ha sido siempre una fábula. Y como en la totalidad del mundo, la tiranía de la autoridad hace que la explotación del hombre por el hombre logre aquí acentos de ferocidad inaudita; que la justicia de clase sea una horrosa caricatura de lo ensañado por seres libres y nobles; y que se adore al becerro de oro como un verdadero ideal de una democracia constituida por comerciantes y ladrones, por supuesto, de alto porte, pues no se satisfacen, cuando roban, sino con varios milloneros. No le informaremos de lo que sucedió hace poco con la Caja de Ahorro Postal ni con los Ferrocarriles del Estado ni del empapelamiento de la provincia de Mendoza, con una defraudación que sumaba centenares de millones.

Después de todo lo enumerado, siguen siendo estas republiquetas un dechado de ejemplar democracia, de elevada justicia y honestidad administrativa y equidad única, según el parvo Marcelino Domingo. Hay que añadir que lo que acontece en una de estas naciones, les sucede a casi todas en el continente.

No es, por cierto, con hombres de esta laya que ha de salvarse el pueblo español de la idiota dictadura de un zopenco galonado. Solamente se salvará, después de haber barrido toda esta morralla.

LA CONFERENCIA EN LOCARNO O EL HUEVO SE COMERÁ A LA PALOMA



Con ese nido y la paloma, la obesa Liga de las Naciones quiere empollar un huevo de águila

DESARMAR LOS ESPIRITUS

Ha sido saludado como un gran acontecimiento histórico la firma puesta al pie del Pacto de Seguridad en la amable ciudad de Locarno. El temor hubo de ser el sentimiento más avasallante para impulsar a que Gran Bretaña, Francia y Bélgica — las tres potencias que más directamente intervinieron en la gran manzana — olvidaran, echándose a las espaldas los rencores, los odios enervantes y las acusaciones abiertas, por las cuales se quería fuese la nación alemana la única culpable de haber provocado la guerra.

Decía Goyet que la humanidad era comparable a esa mujer orate que en la reducida celda de un manicomio, todas las mañanas, al despertar, se emperifolaba para aguardar durante el día al ensañado novio, quien nunca llegaba ni nunca había de llegar. Restringiendo un poco más el concepto de humanidad al de la masa humana, confesaremos que su dinamismo orientador consiste en la incesante reserva de una poderosa fuerza de ilusión. Busca en su eterna marcha de aferrarse a una creencia, a un mito, a un fetiche, a un hombre que ella misma se encargará de endiosar. Como el amor y los ebrios, que cuando se detienen se caen, la masa amorfa necesita, para no estancarse, de aplicar esa fuerza de ilusión a un objeto, digno o indigno, poco le importará con tal le proporcione una hora, un mes, años de borrachera para sumirse en una beata o entusiasta incons-

ciencia. Antes fué la cruzada incendiaria y sangrienta que las potencias aliadas decían emprender en defensa de los fueros atropellados de la civilización, la justicia y otras zarandajas semejantes; luego, la celebración del armisticio; más luego la creación de la Liga de las Naciones; y después de estos años de decrecimiento, desquitados por la desatada furia de los apetitos, le toca el turno a los nueve intrincados tratados, que forman la estructura del Pacto de Seguridad, firmado en Locarno por estadistas de ideas heteróclitas y anticuadas. Hacen la mistela de una paz ficticia, como el farmacéutico que preparara una pí-cima, guiándose por la receta. Es un calmante más, un engaño más que intentará la galvanización de las voluntades para mantenerlas tensas durante algún tiempo. Son personas que no van más allá de lo presente. Viven para hoy, mañana ya vendrán otros. Por eso es una paz bien premeditada y alevosa. Fué forjada sobre el cartabón de una receta de mutuos y feroces intereses. Momentáneamente se quiere apuntalar el régimen tambaleante con esos nueve tratados, que son todo un dédalo de casuística jurídica.

Estos arreglos superficiales, estas componendas a nada llevarán más que a un *statu quo* de ignominia. ¿Es que ellos, los estadistas defensores de una política de bandidos, desean otro estado de cosas? La paz de ellos es la mera perpetuación de la injusticia y el robo legalizado que se obliga a oblar regularmente su impuesto y patente.

Transcribiremos parte del artículo segundo para enterarnos de la inconsistencia y poca validez de sus cláusulas. Dice así:

"Alemania y Bélgica, así como Alemania y Francia, se obligan mutuamente a no atacarse las unas a las otras, ni a invadir sus respectivos territorios, ni a declarar la guerra. Esta disposición no regirá, sin embargo, en el solo caso: es decir, en el ejercicio del derecho de legítima defensa, o sea de la resistencia contra cualquier violación del compromiso contenido en el artículo que antecede, o contra una violación flagrante que constituya una agresión no provocada."

En el espíritu, en nada este pacto ha de diferenciarse de los tratados estipulados por la diplomacia de todos los tiempos. Es tan fácil que una nación pase por agresora sin serlo, que muy poco se puede avanzar siquiera hacia una interdependencia de armonía solidaria de pueblo a pueblo con semejantes tortuosos procedimientos. ¿Se pudo, acaso, establecer cuál fué el país agresor en la pretérita carnicería? A ciencia cierta nunca se sabrá bien. Por entre las mallas de la ley son tantos y tantos los subterfugios que se filtran, que jamás aparece el verdadero culpable... Y los tratados de nación a nación no son más que leyes internacionales que pocas veces se observan y en rara ocasión se cumplen.

Por el artículo nueve, se observará también que Gran Bretaña no tiene la intención de comprometer la autonomía de sus colonias, — autonomía frágida, ya que quienes las gobiernan son exclusivamente funcionarios británicos. Dirá: "El tratado no impone ninguna obligación a los Dominios británicos, ni al imperio de la India, a no ser que el gobierno de algún dominio y de la India comuniquen su aceptación del pacto."

En esta especial circunstancia, Inglaterra expresa su voluntad para que ni los poderes amigos, ni la misma Liga de las Naciones, pretendan inmiscuirse en sus asuntos coloniales. Recuérdense las brutales represalias adoptadas contra la población egipcia por la muerte del Sirdar, y cómo el actual ministro Chamberlain le negara la menor ingerencia al tribunal internacional, mastodóntico organismo ginebrino. El personaje que hizo

acallar la voz de una problemática justicia es quien, con sus camaradas de alegres excursiones, se presenta en el escenario internacional como el insofisticado salvador de una restringida paz europea.

Nos rehusamos rotundamente a admitir que ninguna idea, ni un orden nuevo puedan emerger en mentalidades soldadas por los infinitos prejuicios de una clase que de la explotación hizo su mayor virtud. Anacronismo viviente lo son, porque del edificio social sólo se preparan a refaccionar la fachada. No es con numerosos tratados como se ha de acortar el camino hacia una era de paz; ni con estipulaciones diplomáticas, realizadas en perjuicio de un tercero, y si desvirtuando la prédica chauvinista en las escuelas; fustigando el odio que divide a diferentes pueblos en tantos bandos de enemigos, a los que hay que combatir y vencer por todos los medios.

Ningún estadista ama la paz con desinterés, y únicamente amará su éxito personal. Los prohombres de Locarno lo obtuvieron, y por esa falacia fueron aplaudidos por la prensa y la multitud, y ya les basta. El statu quo de la ignominia presente es su única finalidad.

Mientras los convenios, los tratados y las patrañas de la diplomacia se amonto-

nan, los espíritus continúan absorbiendo las enseñanzas malsanas de la violencia, de la mentira religiosa y de la idea sórdida del miedo a costas de las peores humillaciones, en la escuela, en el hogar, en el cuartel y en todas partes.

La tarea de desarmar a los espíritus, de desbrozarlos, no compete, por cierto, a los estadistas ni a todos los adictos al régimen presente.

Son las nuevas fuerzas sociales que han de emprender la magna empresa. Pero, entretanto, además de esa ingente labor de imprescindible educación moral, hay que combatir incansablemente en todos los órdenes.

Los estadistas que estipularon ese simulacro de paz, así como todos los demás del orbe, se halla muy lejos de la verdad. Creen todavía en la eficacia del instrumento grosero que son leyes y códigos, y nunca comprenderán que cuando los vendavales de sucesivas revoluciones los hayan quemado, aventando sus cenizas, el género humano en busca de su propio equilibrio se avendrá a obedecer una ley no escrita: el código invisible de la conciencia. A eso se encamina la humanidad, y es ese el anhelo de la filosofía anarquista: que todo hombre sea su propio juez.

lidad rusa, el clima tan duro en ella, no les dejó olvidar nunca el país meridional del sur del Cáucaso, país de sol y de vinedos, país de existencia independiente, de cristianismo local muy antiguo, de costumbres antiguas preservadas, de una hermosa lengua cuyos orígenes permanecen desconocidos. Según Tcherkesof, esa lengua estuvo emparentada con las lenguas de ciertas inscripciones cuneiformes; Prometeo fué su compatriota que, al dar a los hombres el conocimiento y el uso del fuego — como dice la leyenda, — representa quizás la gran impresión sobre el espíritu humano producida por los hombres que primero conocieron la combustibilidad de la natta (petróleo) tan abundante en el Cáucaso, etc. Tcherkesof no acababa nunca cuando relataba suavemente y con un poco de melancolía las bellezas de su país, mostrando grabados y fotografías ilustrativas y señalando algunos hermosos libros de viaje que confirman y amplían esos relatos. Se comprende fácilmente que un hombre de ese país, viéndole devorado y cada vez más asimilado por Rusia, sufriese en todo su ser y pensase en restablecer esa autonomía secular de la civilización georgiana que le fué suprimida por el zarismo, como se hace de nuevo en nuestros días por el bolchevismo reinante.

Ese sentimiento inspiró, pues, a Tcherkesof toda su vida, pero de igual modo el sentimiento socialista revolucionario, bien pronto anarquista, le inspiró con igual y tan durable intensidad.

Nació poco antes, uno o dos años a lo sumo, de 1848, y fué enviado bastante joven, a los diez años quizás, a uno de los establecimientos educativos de Rusia, en último lugar a un liceo de Moscú. Su familia no era de ningún modo rica; en todo caso se vió pronto reducido a sus propios recursos y pasó su vida en una pobreza completa que soportó estoicamente. Compartió ya en el liceo, en 1860-70, la vida de compatriotas y de rusos de más edad y de jóvenes estudiantes de Moscú, en una palabra siendo adolescente y antes aun fué festivo asiduo e interesado de muchas cosas que pasaban en el ambiente radical de los estudiantes de Moscú, donde se formaron pronto grupos socialistas, donde había entonces tanto movimientos locales como el inspirado por Saitschenovski, un blanquista, como repercusiones del impulso socialista dado por Tchernischevski, por Dobrolyuhof, por Michailof y los otros autores socialistas de Petersburgo, impulso que hizo crear asociaciones para el trabajo en común (arteles), la primera propaganda obrera y campesina, la negación de la vida burguesa por la juventud de entonces, el "nihilismo", etc. Fué el tiempo de la famosa novela *¿Qué hacer?*, escrita por Tchernischevski en su prisión para dar en forma alegórica a la juventud los últimos consejos. Tcherkesof vivió ese tiempo de inteligencia abierta y más tarde, en Petersburgo también, conoció sus detalles íntimos; conocía el misterio de la *dama negra* al fin del libro memorable y tantos otros detalles que muestran lo que se puede llamar la conspiración permanente recibió siempre apoyo de los simpatizantes y no pudo nunca ser aplastada. Fué pues admitido, no en los consejos, sino, como muchacho, demasiado joven para la acción, y a quien se conocía serio y abnegado, en muchas discusiones interminables y en acciones clandestinas, y se encontró así en el grupo de los Ishtun, Jurasof, Yermolof y otros que a partir de 1865 volvieron a reunir los hilos del movimiento bastante desmembrados por las persecuciones de 1862-63. Esa nueva organización secreta no pudo durar, porque un camarada de ese ambiente, Karakosof, disparó un tiro de pistola sobre el zar Alejandro II el 16 de abril de 1865; fué ahogado el 3 de septiembre, después de haber sido deshecho por una tortura que es bien notoria. Todos los hombres conocidos del ambiente de Karakosof, el círculo de Ishtun en primer lugar, fueron detenidos y sufrieron los castigos más graves. Tcherkesof estaba en el número de los menos comprometidos, es decir no hubo ninguna prueba contra él, pero sufrió también alguna medida de rigor que se encuentra mencionada en los relatos contemporáneos, y no recuerdo si fueron algunos meses de prisión o de aislamiento de Moscú. En todo caso, desde entonces fué un hombre bien conocido de la policía y vigilado por ella; la policía sabía que pertenecía de todo cora-



zón a la juventud revolucionaria y que conspiraría siempre. Fué desde entonces, al comienzo de sus estudios, un hombre cuya verdadera familia, la gran corriente que le arrastraba, era el interior, el centro fatídico de la conspiración o del movimiento secreto. Pasó entre 1866 y 1869, en 1867 y 68 sobre todo, algún tiempo en esa academia agrícola de los alrededores de Moscú que se convirtió en el otoño de 1869 en el centro de la acción conspirativa de Netchaef, y esos dos hechos no están sin relaciones íntimas que los agrupan. Fué también del grupo de Petersburgo que, mediante el envío de un emisario a Suiza, recibió ejemplares de ese primer número del periódico ruso *La Causa del Pueblo (Narodnoe Delo)*, escrito por Bakunin y Joukovski; de ese periódico, de ese solo número, en que Bakunin expuso por primera vez sus ideas anarquistas en lengua rusa, fué de donde Tcherkesof sacó su anarquismo, lo que quiere decir, por lo demás, que el socialismo revolucionario que había profesado desde hacía tantos años, aunque tan joven no había sido nunca autoritario, moderado o sectario, y que Bakunin había formulado claramente lo que existía ya en rudimentos en el espíritu de esos socialistas verdaderamente sinceros. Tcherkesof conoció también al fondo los comienzos de Netchaef y estuvo por eso inmunizado contra el efecto de la leyenda que Netchaef difundió a su alrededor.

En 1869 Tcherkesof recibió por mediación de un amigo un empleo en el trazamiento de una línea ferroviaria en el mediodía y no volvió a las grandes ciudades más que cuando Netchaef había cometido ya sus mistificaciones y el asesinato inexcusable de un camarada, bien conocido de Tcherkesof, que se había permitido dudar de la autoridad que Netchaef pretendía encarnar como hombre de confianza de un comité secreto que no existía más que en su imaginación. Si Tcherkesof hubiese estado en Moscú todo ese tiempo habría podido poner a Netchaef en su lugar, conociendo el fondo de todas esas cosas que escapaba completamente a los jóvenes llenos de ciega confianza en Netchaef. Pero no llegó más que cuando el mal había sido hecho y las persecuciones se habían intensificado. Nada nuevo para Tcherkesof, que había pasado por la persecución de 1866 y que conoció los detalles de todas las luchas entre la policía y los revolucionarios desde 1862-63. Acababa de hacer economías por su trabajo en el trazamiento del ferrocarril y esos medios y los recursos de astucia conspirativa acumulados le sirvieron para organizar la marcha de Netchaef al extranjero y otros hechos de salvamento. Pero la lucha era desigual, los arrestos continuaron y Tcherkesof — detalle que caracteriza su sentimiento social y sociable — me dijo que al fin se sintió tan aislado, pues todos sus amigos estaban en la cárcel, que prefirió compartir su suerte y esperó con fatalismo el momento de su propio arresto que no tardó en tener lugar. Pasó entonces 18 meses en la cárcel hasta el gran proceso de los *Tcherkaevsky* (los grupos organizados por Netchaef, el cual no fué arrestado hasta 1872; se le juzgó en Rusia en 1873 y fué martirizado en la prisión una decena de años hasta su muerte). — proceso de julio-agosto de 1871, en el cual fué el único que pudo decir y probar que no había sido víctima de Netchaef. Este obró con tan extraordinaria falta de

escrúpulos que deshizo la vida de muchos hombres.

Tcherkesof fué desterrado a Siberia, donde vivió hasta 1876 en que se escapó, partiendo de Tomsk y volviendo a Rusia por las vías de combinación ordinarias, con ayuda de un buen pasaporte. Pasó algunas semanas en Moscú y en Petersburgo, donde se puso al corriente del movimiento muy deprimido entonces por los numerosos arrestos de los años 1873-74. En fin partió para Londres; también en ese mismo año Pedro Kropotkin, en prisión desde 1873, se salvó del hospital militar y se fué también a Inglaterra: allí, esos amigos de toda la vida, debieron encontrarse por primera vez.

En Londres, Tcherkesof, como revolucionario ruso de la primera hora y como anarquista ruso, se sintió aislado; el partido marxista de Lavrof, que publicaba *Vpered*, no pudo interesarle. Como a Kropotkin, le atrajo Suiza, el ambiente de la Federación jurasiana, Ginebra y el Jura, y lo mismo París, la ciudad de la Comuna de 1871, y a partir de 1877 encontramos a Tcherkesof en Ginebra donde, por ejemplo, está presente al ser expedito el primer número de *Le Révolté*, en febrero de 1879, periódico hecho por Kropotkin; Malatesta asistió también; lo encontramos en el congreso jurasiano de La Chau-de-Fonds, en 1880, cuando el comunismo anarquista fué definitivamente aceptado; entre los oradores estaban, además de él, Kropotkin, Eliseo Reclus y Cafiero. Toma parte en ciertas polémicas por su folleto contra Dragomanof, hacia 1880. Está en París también en 1879, 1880, cuando se forman los primeros grupos anarquistas; también se encuentran allí Cafiero y Malatesta, y los jóvenes franceses Lucien Guérineau y Jean Grave; al fin es expulsado de Francia y reducido a vivir en Ginebra, donde perteneció a los amigos del grupo del *Révolté*. Si se pregunta qué parte tomó entonces en el movimiento ruso, no puedo decir más que por muchas cosas que haya hecho en la intimidad para ayudar ese movimiento, nos quedan desconocidas — sabía hablar, pero sabía también ser maravillosamente discreto, — públicamente estaba en la misma posición que Kropotkin. Las dos corrientes de ese movimiento fueron entonces la corriente heroica, terrorista, autoritaria y política de la *Narodnaia Volia* y la corriente del *Tcherni Parodai*, que se decía de socialismo apolítico, pero que para los conocedores de las personas y de su evolución íntima, significó ya el moderantismo y la socialdemocracia, la política de hombres que no pensaban en tomar parte en la gran lucha de los terroristas autoritarios políticos y que se refugiaron, para tener un apoyo moral, en el terreno de la socialdemocracia. Ni los autoritarios ni los moderados atrajeron a Kropotkin y a Tcherkesof que, sin embargo, en el momento de los sacrificios heroicos de las mujeres y de los hombres de la *Narodnaia Volia*, se abstuvieron de criticar los fines inmediatos y la táctica de ese partido. Así fué por algún tiempo; se puede decir, tal vez, que esos dos viejos de la lucha rusa que habían pasado los años 1860 a 1880 en solidaridad con la lucha general, no dieron su apoyo a un movimiento anarquista ruso más que cuando esos grupos anarquistas rusos se habían formado ya y pedían su apoyo. Ellos han creído la caída del zar por una fuerza revolucionaria cualquiera el objetivo más importante, y eso explica que su acción anarquista fuese dirigida en primer lugar sobre el occidente de Europa.

Tcherkesof tomó entonces — después del proceso de Lyon, la condena de Kropotkin a prisión en Francia, — de una manera indirecta, una cierta parte en los acontecimientos ocurridos en Lyon y eso contribuyó a limitar su permanencia en Suiza. Desapareció entonces para los camaradas del occidente y pasó un número de años, desde 1884 a 1892, en Bulgaria, Constantinopla, Trebisonda y también clandestinamente en su país, Georgia, y los últimos tiempos en Rumania, en Preshit, donde habitaba el antiguo revolucionario ruso Kaz, y Dobrogeanu, socialista rumano, autor marxista muy notable en su país. En 1892, en el verano sin embargo, Tcherkesof llega a Londres y permanece en esa ciudad largos años.

Los griegos, al contrario, se agitaron mucho para llegar a una forma perfecta de gobierno, ensayaron el despotismo, una especie de monarquía atemperada, la oligarquía, la república, pero eso no se hizo nunca más que en vista de su pro-

Desenvolvimiento de la libertad en el mundo

Estudio inédito escrito por Eliseo Reclus a los 20 años

Si investigamos en el pasado el desenvolvimiento de la idea de que hablamos, es preciso recordar que los diversos períodos de la vida de la humanidad distan mucho de estar trazados como nos parece a nosotros, espectadores lejanos. Todas esas épocas se penetran mutuamente, se funden una en la otra y las causas de los acontecimientos que se suceden hoy se encuentran desde el origen del mundo. Sin embargo, para no perderse en el dédalo de la historia, el espíritu se detiene con gusto en esos tiempos en que la idea se transporta violentamente en los hechos; es con ayuda de los mares de sangre esparcidos aquí y allá como reconocemos la ruta de la humanidad.

Todos saben que la libertad vivía en estado de crisálida en el mundo oriental, que se estremecía vivamente en el mundo greco-romano y trató de reprimir su envoltura; todos saben también que se manifiesta ahora y deja tras sí la piel



ELISEO RECLUS A LOS 19 AÑOS

desecada. Los pueblos de la India y de Egipto, fatalistas en su filosofía, se dejaban acorrallar tranquilamente como rebaños de ovejas; divididos en castas, es decir en categorías de esclavos más o menos embrutecidos, adoptaban todas las tiranías como un orden irrevocable del destino, su religión. La casta misma de los amos y de los sabios, no pudiendo renclutarse en la masa más viva del pueblo, se bastardeó a su vez y, privada de su energía primitiva, se inmovilizó, orgulloso de parecerse a las pirámides inmutables que había hecho construir.

Los griegos, al contrario, se agitaron mucho para llegar a una forma perfecta de gobierno, ensayaron el despotismo, una especie de monarquía atemperada, la oligarquía, la república, pero eso no se hizo nunca más que en vista de su pro-

caba el renunciamento a las alegrías inpias, que decía al rico que viviera como el pobre, el cristianismo de los comunistas San Basilio y San Crisóstomo, era un alimento débil y fuerte para el viejo materialismo griego y romano; el imperio del mundo se desvanecía en manos de sus amos débiles y había muerto de inanición un siglo más tarde si las hordas bárbaras no hubiesen venido a devastarlo.

Ha sido preciso mucho tiempo al dulce espíritu del evangelio para ablandar los vencedores salvajes, esos hombres de hierro que sonreían al morir. Al fin sin embargo los señores se habituaron a considerar al siervo como un hombre, porque se encontraban en la misma iglesia, y el sacerdote, muy a menudo hijo del siervo mismo, les hablaba como a iguales ante Dios. Nuestros historiadores nos han contado cómo los burgueses de las ciudades, envidiosos de sus riquezas, se rebelaron contra los señores; cómo los reyes se aliaron con los villanos contra los altos y poderosos barones; cómo la aristocracia francesa fué abatida por tres veces, de manera que no pudo volver a reponerse. Entonces la realeza triunfante pasó con todo el peso de la aristocracia vencida sobre la burguesía que se hizo fuerte a su vez; la revuelta se deslizo en los corazones, después en los espíritus. Estalló sangrienta. Francia es el país que la libertad escogió por cuna.

Roma también se dividía en patriotas y plebeyos, en hombres libres y en esclavos, en ciudadanos y en extranjeros. En el tiempo de Augusto, de cada vein-

¿Por qué Italia, por qué Inglaterra no la superaron en esa era de fraternidad universal? Vamos a tratar de explicarlo.

Italia fué menos profundamente comocionada que las otras partes de la Europa romana; el feudante abono de los bárbaros se depositó allí menos que en las Galias y si la civilización pudo reflorear en ella más rápidamente, careció sin embargo del vigor y de la energía que circulaba en la sangre de los hombres del norte. No habían transcurrido aun dos siglos y la raza alemana se había fundido ya en la antigua raza itálica; además, desde que la civilización pudo volver a proseguir su antigua marcha ascendente a la sombra de los papas y de los exarcas, fué exclusivamente italiana: las viejas distinciones romanas de ciudadanos y bárbaros reaparecieron y el país se dividió en un número infinito de pequeñas repúblicas de comerciantes enemigas entre sí, todas aristocráticas lo mismo que Esparta y Atenas. Ni Venecia la bella, ni Génova la rica, ni Florencia la célebre comprendieron la idea de la libertad para todos y el noble Rinzli mismo en sus vastos planes de regeneración no quería más que restaurar la antigua gloria de Roma y constituir la unidad de Italia. Y cuando todos esos pequeños Estados aislados gastaron su primer vigor en las luchas intestinas, los tiranos extranjeros pusieron sus marcos de plomo sobre los ojos de Italia temblorosa. Fué entonces cuando el cetro pasó de sus manos a las nuestras, porque la realeza de la civilización no muere jamás en el mundo, y cuando un pueblo se extingue, llama a su cabecera de moribundo a otro pueblo y le dice con voz entrecortada los secretos de la vida.

ELISEO RECLUS (Continuara)



Un tomo en 8. de 268 págs., \$ 1.20

SALON DE LOS ARTISTAS INDEPENDIENTES

La Comisión de Bellas Artes ha tenido la *bontade* de mostrarse indulgente y paternal. Adopta, a destiempo, una política de cordialidad hacia los anónimos pintores de una pintura más anónima todavía. Harta de soportar intrépidamente la rotunda condenación de amigos y enemigos; y cansada de ser bautizada de vacua, de inútil y ociosa, resolvió tomar una iniciativa y, como la montaña de la fábula, abortó un *salón independiente*, precisamente en el país donde los espíritus independientes abundan menos. Es como si dijéramos únicos, escasos y contados. Lo de siempre, ellos dan cien en la herradura y ninguna en el clavo. Esto no es prejuizar, y si deducciones de una naturalidad aterradoras. Si todavía no se posee un plantel de artistas intensamente personales aun entre los consagrados por la generalidad de la gente, es imposible la existencia o el *stock* de innovadores o de talentos desconocidos.

Este salón, *auspiciosamente* amparado por los miembros de la memorable comisión, que será inaugurado a principios de noviembre, no cumple finalidad alguna. Es un salón más, entre los tantos que sirven para desorientar, pervertir y sembrar el pánico entre el público y entre quienes se hallaban propensos a aficionarse en las cuestiones artísticas. En una palabra, no es un anhelo sentido por el ambiente.

Es sólo conceder satisfacción a los aprendices y chambones; al mismo tiempo que la comisión, cuyos miembros son los eternos jurados, intentará limpiarse del pecado de estrechez, de intransigencia y de favoritismo. Desde el momento que se ha admitido a Curatella Manes, aun haciéndolo por misericordia; cuando no se rechazó a Del Prete, aunque se le relegara al más escondido rincón, y se les procuró un pase libre a Horacio Butler, a Badi y Basaldúa, no son las tendencias pictóricas o escultóricas que les chocan y ofenden. Háganlo ellos por manifiesto, tolerancia o cobardía.

Insensibles a las formas de la vida y del arte, burócratas vegetativos, no les quitará el sueño ni el apetito que haya un pique de más o de menos en las obras de los demás, ni tampoco en las suyas. No es el amor ni la pasión lo que los agita, sino pequeños celos de oficinistas que sólo les causarán leves resquemores. No luchan ellos por motivos superiores en defensa de una tendencia cualquiera, sino por las minucias del oficio que toman como una notable ofensa a su amor propio de supuestos magisters. Lo que más bien ellos han combatido siempre, a golpes de hipocresía, es la altivez y la independencia mental en quienes no han de pedirles la venia para expresarse libremente. Quizás en nuestro ambiente de arte se debate una cuestión ética y de llana virilidad, más bien que artística.

Mas no hemos de repetirnos en idénticos cargos hacia unas personas que, sin su investidura oficial como *artistas* y etcétera, nos merecen un olvido eterno.

Lo que importa será entonces explicar por cuales causas surgiera un salón parecido en París, ya que las otras partes no reunían las condiciones especiales que hiciesen inevitable su nacimiento. Esta explicación nos convencerá de lo infundado de esta iniciativa extemporánea y completamente fuera de lugar que aquí habrá de realizarse. En la víspera de la inauguración del XXXVI *Salón des Artistes Independants*, un cronista de "L'Art Vivant" entrevistó a su presidente, Paul Signac. De esta entrevista expliquemos lo substancial y de carácter histórico e informativo que más nos conviene a nosotros. El lema que diera fundamento a su creación fue: *Ni recompensa ni jurado*. La primera tentativa se llevó a cabo en 1884, a los pocos meses de la celebración del *Salón Oficial*, en el cual a Manet y Puvis de Chavannes se les había negado la entrada. En el mes de mayo de ese año aparecieron, fijados en los muros de París, grandes cartelones con esta inscripción: "Groupe des artistes independants, baraquement des Tuilleries". Gru-

raciones de pintores. Pudo haber miles y miles de mediocres, malos y perversos; pero el tiempo, el juez más ecuánime que jurados y críticos, impuso e impondrá la selección. Han sobrevivido quienes poseían una poderosa vitalidad espiritual. No por pintar de un modo u otro.

Aquí, en nuestro invernadero artístico, ¿existirán las mismas causas, las mismas condiciones que allende el mar, allí en París? ¿Se encontrará el talento o el genio desconocido? El nuestro es otro problema. Es un problema de honestidad artística, que de observarlo estrictamente, nos obligaría a estudiar, prepararnos durante largos años, antes de exponer. Y si la miseria y el hambre nos visitan por tan altos, nobles y desinteresados impulsos, al soportarla estoicamente, el dolor nos sería fecundo y tal vez nuestra obra se iluminaría con una nueva luz. ¿Pero hay aquí quien posea el valor de afrontar una existencia de tal austeridad? Si; alguno debe haber. También son únicos, contados y escasos.

Habla Signac. Escuchémosle: —Se comprenderá toda la importancia de la iniciativa adoptada por ese grupo de artistas en ese año 1884, si se considera que fuera del *Salón Bouguereau* y de la Escuela de Bellas Artes no existía organización alguna con la cual se pudiese hacer conocer al público las obras de la joven pintura. No había galerías de cuadros ni exposiciones particulares. Tampoco se encontraba un mercante, al menos uno solo, ávido de novedad.

La vida de los artistas difería en mucho a la de ahora. Seurat, por ejemplo, murió sin haber vendido más que dos telas. La primera fue adquirida por 300 francos por la sociedad de los XX de Bruselas. Infinitas vacilaciones le valieron para formular ese precio. Calculando las jornadas de trabajo, avaluando una suma insignificante por cada día, representaba un valor de 2.800 francos, mas él sentía una indecible vergüenza de exigir semejante suma. Su amigo Gustavo Kahn también hubo de comprarle "Chahut", en el *Salón de los Independientes* de 1891. Muerto a los 32 años, no sé quién difundió la leyenda que era un joven tuberculoso y siempre enfermizo, y en cambio yo, que le conocí, puedo asegurar que era un mozo gallardo y de una salud espléndida. Es cierto que murió estúpidamente por una pulmonía que atrapara viajando sobre el imperial de un ómnibus, después de haber visitado conmigo una exposición en los *Champs-Mars*.

Van Gogh deseaba únicamente que a su favor se constituyera un sindicato de aficionados y que cada uno obtuviera 20 francos por mes, y en retribución entregarse doce telas por año. En esa época se podía contar con los dedos de una mano los aficionados. Los porteros de las casas donde vivíamos, eran entonces más amables, aunque no fuera tan fácil venderles nuestros cuadros. Pissarro tampoco vendía mucho. ¿Cuántas veces en Degragny o en Pontoise, la madre de este gran artista había de esconderse o escapar de su casa antes que llegara el panadero para cobrarla la cuenta. Claro, en aquellos tiempos de intensa búsqueda, no se especulaba sobre la pintura...

Para una presentación somera de las causas que dieron nacimiento al *Salón de Independientes* en París, nos es suficiente. Durante treinta y seis años, mal o bien cumplió con su labor de mostrar la libre expresión de unas cuantas gene-

problema de honestidad artística, que de observarlo estrictamente, nos obligaría a estudiar, prepararnos durante largos años, antes de exponer. Y si la miseria y el hambre nos visitan por tan altos, nobles y desinteresados impulsos, al soportarla estoicamente, el dolor nos sería fecundo y tal vez nuestra obra se iluminaría con una nueva luz. ¿Pero hay aquí quien posea el valor de afrontar una existencia de tal austeridad? Si; alguno debe haber. También son únicos, contados y escasos.

LOS OFICIOS



A. Wohlermann y H. Stamberger — "Herradores"

MASCARAS O VIVIENTES

EL ARTE Y EL TRABAJO

Desde que el mundo existe, ¿cuántos fueron los hombres que pudieron apercibirse que lo más bello que hay en esta tierra es el trabajo? El arte se detuvo, inclinándose, ante la mujer, el guerrero y la estrella. ¿Le quedó tiempo para detenerse frente al obrero? La intrepidez de los hombres en los oficios del fuego puede ser más heroica que la de los que intervienen en los deslumbrantes encuentros militares. ¿Deducimos de la actitud de los eternos arrodillados ante la tarea, cuán profunda fué su fe? ¿Qué imagen poseemos para mostrársela al hombre que amó su oficio, el transfigurado en su ensueño de belleza por el trabajo?

El obrero cumple cada día la salvación del mundo. Es a él que el arte le deberá una nueva vida. Los espectáculos del amor, de la plegaria fueron agotados para el artista. La belleza de los oficios, ¿quién fué capaz de adorarla? Tras de

caídas vertían en los inmensos espacios un cauto mudo, tan gigantesco como el de Homero.

En la resistencia al vértigo, ante las embrujadas fantasmagorías del fuego, sudan los rostros de los rudos condenados y en cuyo infierno las ágiles llamas les muerden los cuerpos perdidos; son aquellos que cargan en sus anchas espaldas la ciclopea pena del mundo. En sus espíritus vive la religión milenaria para cuyo anuncio no ha venido aún el mesías: la justicia. Su ensueño se alimenta de perandola y su pasión es establecida de una vez. ¿Qué espíritu más poderoso podría infundirle su inspiración al arte?

Este mundo es ya incapaz de invención. No se ha de meditar mucho ante el arte contemporáneo a fin de comprender que la revolución será también sobre para él. El alma sentiments extenuada de este mundo caduco busca galvanizarse en los juegos pornográficos. Amos la sana torrentada que realizará la gran devastación. Lo que es digno de morir, debe avenirse a perecer mansamente. Es necesario que el mundo renazca de nuevo. Los poetas de raza agreste besaron la tierra, y aquellos pertenecientes a los pueblos guerreros ennoblecieron la manzana. Los escritores de nuestra raza industrial se encierran en sí mismos a fin de bien solazarse los sentidos por el erotismo. La condición del trabajo establece la lucha permanente entre el oficio y el ocio. ¿A cuántos hombres la jornada más corta les dejará tiempo para la meditación?

¿Y qué soplo poderoso de arte no podrá surgir de la meditación de ese pueblo? La muchedumbre, que amasa la realidad cotidiana, soporta los artistas — verdaderos surtidores de tiata — quienes viven emparedados en su bufete, bohitamente decorado de libros, como lo está el salón de damas. El albañil que le vantando un muro cae del andamio y se mata, realiza un drama como jamás lo escribirán ellos.

¿Cuánta grandeza existe en la conciencia profesional? Nadie todavía nos sugirió con elocuencia toda la belleza que hay en ella. Es que quienes la encarnaron han hecho siempre voto de silencio. Cesando de reproducir las gestualidades de los ociosos y la psicología de los rentistas, el arte volverá a encontrar la sublimación del trabajo de la tierra y el trabajo de las ciudades. El drama de la usina se halla en el mismo plano de la Iliada.

Los hombres que hoy retienen la realidad en sus manos, que resisten el estallido de la máquina y soportan el choque de la piedra que cae, son poetas con los labios sellados. Una armonía trágica hay en su sufrir anónimo y desconocido.

El dolor, las penas de ellos se hallan precedidos de la luz. Aparecen en la hora emocionada que eclosiona el día. Su pateo, en lenta marcha, comunica vibraciones inusitadas a la usina. Empieza el gesto habitual del maquinista y del tornero que tanea la tuerca de la herramienta, apretada hasta el último hilo de la rosca. Y empieza el movimiento lento de la biela deslizándose sobre la estrecha lista de acero cubierta de rubio aceite. El volante voltea dividiendo sus rayos que se aceleran como grandes brazos lanzados como para asir una idea inalcanzable. Los oficios se han puesto en marcha. Y el rumor de la usina parece en la mañana cálida el bordonero de un insecto de alas negras.

¿Quién le cantará al *Paraiso* perdido de esta nueva humanidad? Pero veamos el trabajo del excelente equipo: Seis caldereros en hierro remachan los tirantes de acero en una alta armazón. Bajo de ellos el abismo, donde suaves vientos pasan pájaros y personas. Sus brazos obedecen a una misma alma; el alma del oficio. El que fallara caería arrastrando a los demás. Contra el peligro están armadas las conciencias. Sus movimientos, que se alternan, riman el uno al otro, ajustándose en un solo gesto. Nada es más bello que el bello trabajo. Si ellos se precipitaran, no conocerían que sus

lentas imágenes gastadas, he ahí el Renacimiento: los altos hornos abren sus fauces ardientes, en una suerte de ladridos de llamas contra los hombres que no las temen; el movetizo crisol sopla hacia el cielo su gran risa de chispas que se remontan más alto que los pájaros. Y en el fondo de vapores blancos aparece la hiladora de lino. Desvestida de la pesadilla de su ambiente brumoso, los grandes brazos semovientes se agitan en un ir y venir, poniéndole una aureola a su figura lívida.



NOTA BIOGRAFICA.— Aprendiz pasticcero en París. — tenía 14 años — luego confitero y cocinero en Londres; empleado del ferrocarril de la Compañía del Norte; sub-jefe de la estación internacional de Calais - Marítima; inspector de trabajo; casado, padre de tres niños; luego viudo, naufrago de la guerra — sus manuscritos fueron destruidos — autodidacta, jamás se desalentó ni la amargura hizo presa en su ánimo.

Aprendió latín de un viejo profesor francés de un colegio de Briethon. Regresando de Inglaterra, empleó todas sus economías para seguir los cursos de la Universidad Popular de Belleville.

Recorrió todas las provincias de Francia, desde *Boulogne-sur-Mer*, donde se desembarca "todas las bestias misteriosas que emergen de las aguas profundas en siniestras chalupas y paque-boots, hasta la Grasse, donde el alma de los jardines es puesta en botellas, visitando usinas, ciudades industriales, los puertos, las minas y las granjas, anotando cuidadosamente cifras que esclarecen las ideas; apuntando los términos técnicos; copiando informes; reduciendo procesos verbales; escribiendo cuentos, novelas y ensayos; viajero incansable a través del mundo del trabajo; ayer en los grandes bucares o en los barrios obreros, hoy en España o Austria, mañana en Marruecos, siempre es un hombre de acción y de entusiasmo, amigo del pueblo y también el invariable abogado de los que sufren y peinan, que viaja y estudia.

PIERRE HAMP

(1) Bajo el epigrafe general, que empieza con el trabajo de Pierre Hamp, intentaremos hacer desfilar las máscaras nuevas de las jóvenes generaciones de todos los países, que con su prédica literaria se cuadrar ante un mundo vultoso para propagar un devenir de cordia, en el cual el trabajo no sea la esclavitud de los hombres. Ello será de vez en vez.

Es así como aparece, en fin, la personalidad de Pierre Hamp, cuyo verdadero nombre es Henri Bourillon, nacido en Niza en 1876.

BIBLIOGRAFIA: "El rict", "La Encuesta", "El Trabajo Inevitable", "Los oficios Mutilados", "La Victoria Mecánica". — Son estas algunas obras de las más representativas de las catorce o quince que comprende su producción total. M. S.

LOS OFICIOS



A. Wohlermann y H. Stamberger — "Mineros"

La poesía épica

"Dadme la lira de Homero, sin sus cuerdas tejidas de sangre!" Anacreonte.

¿Ha muerto la poesía épica como aseguran los tratadistas? ¿Ha sido reemplazada por la novela? No. La novela es otro género literario del todo diferente, y las cualidades del novelista no son las del poeta épico. Lo que ha desaparecido es el tema de la poesía épica: las guerras. Aun las hay; pero son consideradas una desdicha, no una gloria; en la conciencia del pueblo está el horror hacia ellas, ningún poeta puede cantarlas, como en antaño, entusiastamente. La poesía patriótica ha quedado para los ramplones de los Juegos Florales, para los rezagados de la civilización. Ya un general victorioso no es un héroe: es un afortunado, ya antes que en las banderas conquistadas al enemigo se piensa en los muertos que han quedado en el combate y ya se miran los heridos del adversario como a propios, con igual lástima.

Destrucción y ruina, miserias y hambres, eso se ve en las guerras; ¿qué pueblo podrá desearlas? ¿qué gran poeta poeta capaz de sentir al pueblo, de sufrir con él, de traducir sus anhelos, qué poeta culto podrá cantar la guerra? Hoy en vano querría entusiasmar Tirto, ahí están Ruyard Kipling y D'Annunzio que hicieron de hazmerreír; ya palpita una conciencia en las muchedumbres, ya ella le dice que su enemigo no está fuera de los límites de lo que llaman "nuestra patria", aunque en ella no poseen ni un metro cuadrado de tierra, ni aun para ser enterrados; ya ella les dice que el verdadero enemigo está en el proletario que les quita la mitad de la soldada por un cuarto de hediondo; está en el amo de la fábrica en aras del cual dejan la juventud y la vida, está en el clérigo y en el militar que viven sin producir y, por lo tanto, fatalmente han de vivir de quien produce; está en el diplomado; en el médico que experimenta sobre su cuerpo, en el abogado y el juez que malabazan con su libertad, en el maestro que, deformando la historia miente e inculca ideas de odio a los niños...

¿Si el pueblo no siente ya el motivo de la guerra, si el poeta grande, el capaz de sentir el dolor colectivo y hacerse el inspirado vocero de sus esperanzas, no entonces héroes épicos; debe morir la poesía épica?

No. La guerra desaparecerá, como ya ha desaparecido de la conciencia de los humanos que alientan generosas aspiraciones de fraternidad; pero ello no implica la desaparición de la poesía épica. Ocurre que vivimos un momento de inlección, ha desaparecido la guerra, por cruel, la poesía épica no ha hallado a quien cantar, y calla. ¿Empero allí, en los trigales, en las fábricas, en los talleres, en la vida tumultuosa de las calles, en el banco de los colegios, en las máquinas de las estaciones, en los aeroplanos de los hangares, en las mismas muchedumbres hambrientas que exigen derechos, que con sus manifestaciones tumultuarias desbordan las avenidas o con sus huelgas amenazadoras hacen un desierto de la más febril urbe; no hay motivo de un poema épico? ¿No viven allí héroes más valientes, por más razonadores, que los temerarios locos que asaltaban trincheras encogidos? ¿Ese labriego, infatigable en veinteaños de dura labor, no es un héroe? ¿Esos obreros y obreras que todos los días, sin esperanzas de mejorar su existencia miserable, trabajan, no son héroes? ¿Ese joven que, desafiando los goces, se aferra contra el libro, llevado por ansias imperiosas de saber; no es un héroe? ¿Ese anciano que en el laboratorio y curvado sobre la lente del microscopio, escruta, observa; no es un héroe? ¿Ese orador que, desafiando las leyes más incultas, clama por la huelga e incita a sus compañeros a tener dignidad; no es un héroe? ¿Ese periodista que expone su propia libertad y escribe, con punzante pluma, la verdad que le quema las entrañas, y desafía todo: cobardías, indiferencias, amenazas; va preso y no se arredra, indomable; no es un héroe?

El tema existe, palpita; pero falta el poeta que nos lo revele lleno de vida y nos lo haga palpitar. Desgraciadamente, pocos son los poetas que, a la par de ar-

tistas, mejor, antes que artistas, sean hombres: majada de barbilindos, sólo les preocupan sus quiméricos amorfos y sus melancolías morbosas de hombres débiles, sin voluntad.

Son también ignorantes. Ignoran la más elemental ciencia, toda su cultura se reduce a superficiales conocimientos literarios que redondean en las charlas del café o de la redacción. Los grandes poetas clásicos de la antigüedad, fueron profundos conocedores de la ciencia de su tiempo: de Virgilio dice Macrobio: "Virgilio que nunca erra en materia de ciencia"... Sería un ejemplo para los que instruyeran hoy el nombre de poetas, moctos bebedores, neurasténicos, les falta vigor, les roe el escepticismo, el fatalismo los paraliza; y no es de infelices fatales de donde puede surgir el poeta épico, el que con su verbo robusto traduzca el sentir de la vida contemporánea. Plan fuerte en sus pléyricas ciudades llenas de maquinarias portentosas, reino de la mecánica y de la electricidad.

En vano se lamentan los retóricos: la poesía épica no ha muerto, sólo ha muerto un viejo motivo, como no ha muerto la poesía religiosa — y no morirá en tanto, que exista un cielo estrellado, una naturaleza creadora — no ha muerto, aunque el decreto Dios bíblico haya sido enterrado por Darwin. La poesía épica, como todo lo que debe vivir y perpetuarse, ha evolucionado: esa evolución no la pueden ver los estrechos, los que dan reglas para el arte: como tampoco los que dan leyes para la vida ven que la justicia se ha transformado y va, no sólo no está con ellos sino que está en contra de ellos.

En la química o en la mecánica o en la biología o en la física o en la agricultura o en la filosofía que albergan hombres laboriosos, plenos de fe, entusiasmados: se están gestando los poemas épicos del futuro: Curie, Pasteur, Kant, Haechel, Ameszino, Poincaré, todo el ejército de experimentadores de obreros y de estudiosos, serán sus héroes.

Y algo se ha hecho ya: el acérrimo Walt Whitman y el pujante Verhaeren cantaron como precursores, y, tras ellos, en Francia el vigoroso Romaine y los unanimistas, Mas es preciso llegar a esta convicción:

La poesía épica ha huido de los campos de sangre y dolor para refugiarse en los campos de labranza, en las fábricas y talleres, en las aulas y calles, en los observatorios y gabinetes. Existe allí una vida real que, para los poetas de hoy, tiene tanta poesía como para los poetas de ayer tuvo la legendaria vida guerrera. El épico contemporáneo debe hacer poemas en donde los episodios de la lucha por la vida, reemplacen a los episodios de la lucha por la muerte: ¡La Horda del Trabajo espera su Homero!

Alvaro Jungué

LIBROS PUBLICADOS POR LA EDITORIAL LA PROTESTA. La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakumín — primero y segundo tomos, \$ 1.50 c/u. Errico Malatesta, por Max Nettlau. Un tomo de 268 págs., \$ 1.20; encuadernado en tela, \$ 3.50 — Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00. Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50 — Conferencias tomo 1: El Estado, su rol histórico. El Estado moderno, por P. Kronotkine. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50. Encuadernado en tela, \$ 1.50 — Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabril. En rústica, \$ 0.50 — en tela \$ 1.50 — La Ucrania revolucionaria, por A. Souchev — \$ 0.50. Manuel Bakumín (Noticia Biográfica), por J. Guillaume, \$ 0.20.

Suscríbese a la Editorial, compañero

JEAN GRAVE

Un anarquista en el presidio

Como he dicho ya en el capítulo XI, el asunto Dreyfus me había vuelto a poner en relaciones con Zola.

También nosotros teníamos en el presidio camaradas que habían sido enviados únicamente gracias a los desafueros de la justicia, sea condenados en un período de terror, sea víctimas de condenas ultrajosamente excesivas.

En el primer caso estaba Courtois, condenado por haberse disfrazado con el nombre de Liard, haberse dejado sentenciar por un delito de palabra bajo ese nombre y haber firmado así en el registro de la cárcel.

Igualmente Monod, perseguido también por delito de palabra en pleno terror, enviado al presidio por dicho "crimen". Pero eso no era más que un pretexto. En realidad pagaba por los saínetes de que hablé ya. Saínetes jugados a la policía y a la magistratura, que aquellos a quienes se dirigieron podían encontrar de mal gusto, de mal olor, seguramente, pero que no contravenían ningún artículo del código penal. La magistratura aprovechó la ocasión para tomar su revancha (1).

Estaba Theodule Meunier, que era ciertamente el autor del atentado contra Verry por el cual fué perseguido, después condenado, pero condenado sin prueba alguna, a pesar del apoyo que le prestaron amigos abnegados con riesgo de ser perseguidos ellos mismos como cómplices, apoyo que la acusación no pudo demoler.

Entre los condenados a penas que por su rigor llegaban a ser venganza y no justicia, estaba Grandé el cual, arrestado como Insumiso, disparó tiros de revólver sobre los que le detenían, pero sin herir a nadie, lo que no impidió que fuera condenado a 15 años de trabajos forzados.

Había otros cuyos nombres y casos olvidé. Pero que las cartas de Tarbouriech, encontradas al revolver mis papeles, sacan a relucir.

"París, V. 19, rue du Sommerard, 11 de agosto.

Querido señor Grave, Después de haberle escrito fui aún a la Liga (de los Derechos del Hombre) y me he convencido de que no podemos obtener nada por vía de gracia (subrayado en el texto) respecto a ese forzoso, en este momento. Tiene mil veces razón al decir que sería preciso una campaña de prensa. Es la única manera de forzar al gobierno a obrar, de decidir a los ministros...

Si yo dispongo un día de un cotidiano le prometo que tocaré seriamente la cuestión del presidio. Se oiden economías, he ahí una a realizar. Se desea abrir las colonias penales a las gentes honestas, consiento en ello. Que se cese de enviar condenados. En una campaña de esa especie a los argumentos generales contra el "fracaso del presidio" se agregará, como "ilustración" hechos de la naturaleza de los que hablamos y, bien dirigida, la campaña abortaría, además de los resultados generales que son lo esencial, las reacciones particulares que no hay que abandonar..."

He olvidado de qué forzoso se trata en esta carta. ¡Había tantos!

Pero he aquí otra carta que da nombres:

"París, V. 19, rue Sommerard, 15 de abril 1901.

Querido señor El señor Trarieux me anunció el mismo el sábado último que el guarda-sellos le respondió, respecto de Moisse y de Burv, reconociéndoles derecho a beneficiarse de la amnistía. Agregó que habló a su colega, el ministro de las colonias, para que ordene su repatriación. Soy feliz de poder comunicarle esta buena noticia, a Vd. y a los compañeros. En cuanto...

(1) En ocasión de las investigaciones domiciliarias previstas, Monod había preparado paquetes de excrementos, cuidadosamente ocultos, pero que se escaparon al olfato de los policías, que se embadurnaron las manos.

to a Grunwald, la Liga no recibió aún respuesta. He recibido una carta suya que transmití al señor Pressense.

Que los compañeros se apresuren a hacer firmar a las madres de Regis, Meunier y Grandé una petición de gracia: será favorablemente acogida. El señor Trarieux ha recibido esa seguridad. Con otro ministerio no tendríamos tantas probabilidades de triunfar.

Vuestro — E. Tarbouriech.

¿Quiénes eran los compañeros de que habla Tarbouriech? ¿Por qué habían sido enviados al presidio? Los recuerdos me faltan. En cuanto a Regis Meunier era un camarada de Tralazé, no el Meunier de Verry.

Sea como quiera, esas cartas demuestran que en Temp Nouveaux no habíamos olvidado a los camaradas en el presidio y entendíamos que la "lucha por la justicia y el derecho" era la lucha por la justicia para todos.

En efecto, en cuanto se obtuvo la victoria, habiendo sabido ponerse en el puesto de los vencidos los más astutos dreyfusardos, nos habíamos dirigido a aquellos que, sin preocuparse de los puestos, habían permanecido simples defensores de la justicia.

Las cartas de Tarbouriech indican igualmente que la Liga de los Derechos del Hombre se había ocupado seriamente de los casos que le habíamos señalado.

Yo me había dirigido igualmente a Zola. No sé ya a qué protesta la había pedido que se asociara; me respondió con la carta siguiente:

"París, 6 de diciembre de 1900. Mi querido colega, estoy enteramente con Vd., emplee mi nombre si le parece bueno para algo, y si desea hablar una noche conmigo, venga hacia las nueve y esté más o menos seguro de encontrarme.

Cordialmente Emile Zola, 21 bis, rue de Bruxelles."

Fu, pues, una noche a rue Bruxelles Zola estaba aun cuando. Se me hizo esperar en un salón repleto de frioleras. He guardado la impresión que no me atrevía a hacer ningún movimiento por miedo a derribar algún objeto frágil.

Al cabo de algunos momentos vino Zola. Me vería muy embarazado para decir cómo comenzó la conversación.

Habría sido más lógico desbrozar el pasado. Por ejemplo en lo que concernía a la Société des Gens de Lettres. Es verdad que yo no habría podido más que confirmar mi respuesta a su carta. Pero habría podido decirle que no le guardaba ningún rencor por su negativa a firmar una protesta en mi favor. Que estaba en su derecho al rehusar. En cuanto a sus motivos, eso le concernía a él solo. En el fondo la cosa no tenía gran importancia. Tanto más cuanto que aunque hubiera firmado cien protestas no por eso habría salido en libertad.

Pero como él creyó bueno no decir una palabra sobre esas penurias diferentes, juzgué que no era yo el que debía comenzar.

He olvidado nuestra conversación pero de lo que me recuerdo bien es de su promesa de intervenir en favor de nuestros camaradas víctimas de la justicia, diciéndome que apelara a él cuantas veces fuera necesario. Que se ocuparía lo mejor que pudiera.

Lo dejé con esa promesa. Me parece recordar vagamente también que me habló de su próximo volumen en donde vería cuanto había evolucionado.

La única impresión desfavorable que he conservado es que, durante todo el tiempo que le hablé, ni una sola vez me miró en la cara. Después de todo, quizás era esa su manera habitual de comportarse.

Encuentro una tarjeta de visita sin fecha suya, en que están escritas algunas notas:

"Seños Grave, tengo aún dos Evangelios a cuestras e ignoro cuándo podré preocuparme de un asunto nuevo. Me es, pues, absolutamente imposible aceptar los documentos que me son ofrecidos, prometiendo solicitarlos un día. Lo mejor sería que Vd. los recogiese todos poniéndolos en lugar seguro, y más tarde se vería lo que se puede hacer con ellos.

Cordialmente — Emilio Zola."

¿Cuál era la naturaleza de esos documentos? He ahí lo que me es imposible recordar hoy. Recibía de todos los rincones del globo. Unos sin valor, otros muy interesantes. Me acuerdo, entre otras cosas, de haber recibido datos muy interesantes de un camarada de Australia sobre los miferos de allí, De Cándido, el marinero que guió la rebelión de los marinos del Brasil en 1911. Del presidio, grandes cantidades.

Muy probablemente es del presidio de lo que se trataba, porque Zola habla de ponerlas en lugar seguro y la oficina del periódico, dadas las invasiones de la policía, no era el lugar indicado para eso.

Ahora bien, recuerdo haber recibido, entre otras cosas, un voluminoso manuscrito del presidio, firmado por alguien olvidado hoy, pero que, no sé cómo, ha quedado bastante vivo en mi recuerdo como para saber quién es al ver la firma. Era el nombre de uno de los miembros de una banda de jóvenes apaches — el nombre no había sido inventado aun para esa categoría — que, durante algún tiempo, habían hecho hablar de ellos en París a causa de los ataques nocturnos que practicaban; el grupo era conocido con el nombre de banda de los corbatas verdes.

Eso debió ocurrir hacia 1880, quizás algo antes. Algunos fueron enviados al presidio. Los años transcurrieron. El olvido se había producido sobre ellos. Era uno de la banda el que me escribió. El firmante relataba su vida, describiendo las circunstancias que lo habían impulsado por la vía del presidio, contaba la vida en el presidio, seguida de una crítica y un resumen muy interesante y muy justo, demostrando que el individuo debía ser muy notable para, salido del arroyo, haberse desarrollado en el presidio en lugar de embrocarse. Sin duda se trataba de ese documento en la carta de Zola. Pero, ¿qué se hizo de dicho documento? Desapareció como tantos otros en la vida que me hacía vivir la policía.

No he tenido ocasión de volver a ver a Zola. Se conoce el accidente imbecil que puso término a su existencia. Como los periódicos del Estado Mayor hicieron resaltar en ocasión de su muerte nuestros conflictos al respecto de la Société des Gens de Lettres, pedí a la señora Zola que me enviara una carta para asistir a los funerales de su marido — era preciso una carta para formar parte del cortejo — pues yo consideraba un deber estar presente.

Por esas diversas intervenciones, algunos de nuestros camaradas salieron del presidio. Liard-Courtois para convertirse en el faldrillo de Briand cuando éste llegó a ser ministro. Fué un fin misero. Monod, con menos suerte, salió ciego o poco menos y murió poco después. Creo que también otros debieron beneficiarse de esa ola de mansedumbre que no duró mucho tiempo, pues no he conservado más que el recuerdo de esos y de Grandé que vino a verme a su regreso.

En cuanto al pobre Meunier, del asunto Verry no fué comprendido en esas demostraciones de clemencia. Su acción había hecho temblar a demasiadas gentes para que se le perdonara tan fácilmente, aunque fué condenado sin pruebas. Nosotros, sin embargo, no perdimos la esperanza, pero la muerte llegó antes de que se hubiera tomado alguna decisión con respecto a él.

Encuentro cuatro cartas suyas. Están tan llenas de estolicismo y de dignidad que las reproduzco enteras. Comienzo por las que están fechadas:

"Mi querido Juan, La última vez que te escribí estaba en el hospital. Como esperaba poder, sino curarme, al menos restablecerme un poco, no te hablé de ello.

Viendo que mi estado de salud no mejoraba, he salido hace quince días, después he vuelto a ingresar de urgencia, hinchado como un balón. ¿Me curaré? Estoy anémico hasta tal grado que la cosa es muy problemática.

Antes de entrar en el hospital estaba en un triste estado. Desde hace seis meses arrastro en estas rocas una existencia miserable. Aquí, el que quiere tener una línea de conducta correcta, no puede aceptar puesto — lo que es considerado por la administración como un favor — es decir especular sobre sus compañeros de cadenas, y entonces es obligado a contentarse con el régimen de la administración, es forzado a sucumbir al fin de algunos años.

No lamento nada. No he hecho más que lo que debía hacer. Si hubiera que volver a comenzar volvería a hacer lo mismo. No temo la muerte. Si soy condenado, que venga lo antes posible. Sin embargo es lamentable morir así, después de tantos años de sufrimientos pasados en el presidio.

Te envío un certificado del médico mayor que constata mi estado de salud. Puedes usar de él para apresurar la solución del asunto por el cual os interesais. Con ese fin os lo envío.

Según la opinión del médico mayor, sólo eso podría restablecerme, pero yo creo que no habría que tardar. Sin embargo he sido condenado a trabajos forzados. No he sido condenado a muerte, porque tú debes figurarte las atenciones que se dan en el hospital, y yo tengo el organismo completamente arruinado por el régimen y el clima.

Espero una respuesta. Salud a los camaradas, y para ti un fraternal apretón de manos.

Theodule Meunier, No 28, 761. Hay a bordo del "Loira" (el vapor que condujo el convoy de los transportes) un mayor llamado... hombre de ideas amplias, amigo íntimo, yo creo, de... Si tenéis algo que decirme y que no queráis confiar a una carta que pasa por la administración, podeis confiárselo a él."

"Des du Salut, julio de 1906. "Amigo mío, He recibido tu carta. Esperemos que saldrás con éxito. En el caso contrario, trataré yo mismo de salir de esta situación de un modo u otro.

Teigo bastante. No puedo pensar en la administración. He pedido al nuevo director que se suspenda mi internado. Me ha dicho que consideraba bueno guardarme en las Iles du Salut que, por lo demás, yo había conservado siempre las mismas opiniones desde que estoy en el presidio. Eso es categórico. Es porque soy anarquista que no se me saca del internamento.

Desgraciadamente se está un poco autorizado a decir eso por la conducta que observan algunos transportados anarquistas. Si los actos por los cuales estoy aquí son considerados en Francia con una cierta imparcialidad, si allá la evolución se hace sentir, la burocracia, aquí, permanece inmutable, y sobre todo la administración penitenciaria: la situación del transportado no se ha mejorado en modo alguno. La mía es más bien peor, pues tengo el doble de cadena como resultado de mis evasiones. No he perdido gran cosa y habría podido ganar mucho.

La miseria y la fatiga resultantes, la prisión en donde se acostua un completamente desnudo sobre el asfalto, los hierros, los incorregibles, todo eso me ha fatigado mucho ciertamente. Además no soy ya joven. Sin embargo tengo aún energía. Tanta al menos como se puede tener después de hace casi doce años de presidio, en un ambiente envilecido y en un clima debilitante.

En cuanto tengas una respuesta, buena o mala, házmela saber. Salud a los camaradas. Te estrecho la mano, T. Meunier.

Vuelvo a abrir la carta para decirte que he recibido la carta de Charles. Comunicáselo, te lo ruego."

Las otras cartas no tienen fecha. "Querido amigo, He recibido tus dos cartas de agosto y de octubre. Te agradezco el esfuerzo que



haces. Esperaré, aunque el tiempo me parece muy largo. Siempre que lleguemos a un resultado apreciable, porque una reducción de pena a quince o diez años sería sólo una burla si no hay suspensión de internamiento.

Una campaña de prensa sobre mi asunto, pues la culpabilidad no ha sido probada, podría, quizás, activar la solución, pero mejor que yo, vosotros estais en situación de apreciar la mayor o menor utilidad de la misma.

Requet, que tú debes conocer, ha muerto últimamente. Era de primera clase y había aceptado el ser capataz. Desgraciadamente esas concesiones no son raras aquí. Sin embargo, sus compañeros de cadenas no han tenido que quejarse de él. Se le había sacado del internamiento. Según un telegrama ministerial del 28 de julio se ordenó a la dirección que volviera a internar en las islas a los anarquistas que habían sido sacados del internamiento, y de los cuales algunos estaban en la Gran Terre.

El presidio empeora más y más. Una miseria negra, una incuria extraordinaria para todo lo que no es represión. Para esto, por ejemplo, no se anda con retardo. Construyen calabozos, pero no sabea dónde meter tantos hombres castigados.

Hay actualmente en las islas tal cantidad de hombres en prevención de consejo, que no sabiendo qué hacer de ellos, pues las celdas están repletas, se les ha puesto en chozas.

No quiero seguir más, porque ocurre a menudo que las cartas confiadas a uno o a otro son confiscadas o perdidas. En cuanto tengas una respuesta cualquiera házmela conocer. Tú debes comprender con qué impaciencia la espero. Te estrecho la mano. Theodule."

"Mi querido Juan, Quisiera que me escribieses para que sepa a qué atenerme. No dudo que harás todo lo posible, pero hace siete u ocho meses que habeis comenzado a trabajar por mí, y creo que no estamos mucho más avanzados que el primer día.

Es preciso, sin embargo, que saiga de esta situación. Si se presentara una ocasión, podría lamentar no haberla aprovechado. Por otra parte, si fracaso, viene la reclusión celular, es decir la muerte (es verdad que no perderé gran cosa). Si puedes darme una respuesta definitiva, dime, al menos, lo que debo esperar, para que yo pueda tomar una determinación cualquiera. Responde, te lo ruego, lo antes posible. Te estrecho la mano.

Th. Meunier."

"¡Pobre Meunier! Bameleado entre las alternativas de esperanza y de decepción, durante cerca de un año, fué la muerte la que vino a libertarlo. He ahí la carta que me comunicó su muerte. Siendo el firmado un funcionario, no doy su firma. ... 15 de septiembre.

Mi querido Grave, Meunier ha muerto — ¿lo sabe Vd.? — hace ocho días, cuando el doctor amigo quiso verle.

Había conquistado las más respetuosas simpatías de todo el personal, que ha cotizado para embellecer sus funerales, se me afirma. No ha sido confundido nunca con los criminales de derecho común, su conducta era un ejemplo.

He aquí lo que merece ser repetido. Mis buenos recuerdos, — X..."

(Del volumen inédito Cuarenta años de propaganda).

Herbert Spencer, su filosofía

(Conclusión) III

Aparte del error concerniente al inconoscible, que hemos señalado en el capítulo precedente, la filosofía de Spencer nos permite darnos cuenta de toda la serie de fenómenos físicos, biológicos, psíquicos, históricos y morales, ateniéndonos siempre al mismo método inductivo.

Al leer sus obras, veis cómo todos esos hechos, tan variados y que forman parte de ciencias tan diversas, se encadenan; cómo todos son manifestaciones de las mismas fuerzas físicas; y cómo se les comprende y se les juzga, si se siguen siempre los mismos métodos de razonamiento, como si fuesen hechos físicos.

¿Se desprende de eso que todos los juicios pronunciados por Spencer conforme a ese método, sean justos, verdaderos? ¿que él mismo haya aplicado siempre el buen método? Ciertamente, no. Que sea un libro de Spencer o de otro pensador, nos compete a nosotros, a nuestra razón, ver si el autor concluye justamente, si queda fiel a su método. Y es aquí cuando el método científico aparece bajo su mejor aspecto.

Obliga al autor a exponer sus hechos y sus razonamientos de tal modo que podais juzgarlos vosotros mismos. No es un dios el que habla. Es vuestro igual el que razona y el que os invita a hacer lo mismo.

¡Hasta entonces buscaba, y encontraba. Aquí — se siente desde los primeros pasos — tiene ideas ya hechas: las ideas de radicalismo burgués que había desarrollado desde 1850, en su Estética social, antes de haber comenzado a elaborar su sistema de filosofía. Y la revisada aun esas ideas en un sentido más burgués.

Es evidente que en cada estudio científico, cada cual tiene ya, al comienzo, alguna suposición — una hipótesis que va a verificar, sea para probarla, sea para rechazarla. Y aun en las ciencias naturales sucede que uno se apasiona por su hipótesis, cuando los demás ven bien los defectos.

Pero es peor en todo lo que trata de la vida de las sociedades. En este dominio, cada cual, al ponerse a la obra, tiene ya su ideal de sociedad. Ha adquirido ya en su vida y en su experiencia una cierta manera de juzgar los privilegios de fortuna y de nacimiento que posee o que repudia; tiene su medida para las divisiones de la sociedad; sufre mil influencias de parte de su ambiente. Y como las ciencias que tratan de los hechos sociales están aun en su infancia, y Spen-

cer fué el primero en aplicar realmente un método científico a los hechos sociales, es muy natural que no haya sabido sacudir enteramente la influencia de las ideas burguesas de su medio.

Ocurre también continuamente que se es simplemente chochado por las conclusiones de Spencer. Tanto como se admiran sus sugerencias en los Principios de biología, tanto más se siente la estrechez de miras cuando habla, por ejemplo, de las relaciones entre capital y trabajo en la sociedad.

Así, para no citar más que un ejemplo muy importante, por lo demás, Spencer ha sido educado en la idea burguesa y religiosa de la justa retribución. Habeis obrado mal — se os castigará; Vd. ha sido un ingeniero muy aplicado — y su patrón le pagará un chelin por semana a su salario... Spencer cree en eso, al menos. Y he ahí que ese principio de justa retribución se convierte para él en una ley de la naturaleza.

En lo que concierne a los niños, a los jóvenes, antes de que hayan aprendido a alimentarse a sí mismos, la retribución en una especie animal, no será, dice, proporcional a los esfuerzos; eso es inevitable. Pero "entre adultos, deberá haber conformidad con la ley, según la cual los beneficios recibidos serian proporcionales a los méritos que cada uno posea: siendo los méritos medidos por el poder de sostenerse a sí mismos."

Y más lejos: "Tales son las leyes del sostenimiento de las especies; y si admitimos que la preservación de tal especie es deseable, se sigue de ello la obligación de conformarse a esas leyes, que podríamos nombrar, según los casos, semi-éticas o éticas" (Justicia).

Como se ve, todo ese lenguaje, con su idea de retribución, de ley, de obligación, no es el de un naturalista. No es un observador de la naturaleza el que habla; es un escritor legalista un economista político que moraliza.

Ahora bien, la explicación de ese hecho es ésta: Spencer conoce el socialismo. Lo repudia, diciéndose que si cada cual no es retribuido estrictamente según sus obras, sus méritos, sobrevendría la muerte de la sociedad. Y para probar ese principio — inatacable a sus ojos — trata de hacer de él una ley de la naturaleza, lo que le fuerza a abandonar por un momento el método científico, y lo que hace también que advirtamos de inmediato ese error.

La ciencia de las sociedades, la sociología moderna, no se contenta con exponer de un cierto modo "las leyes del espíritu", como lo hacían los hegelianos. Después de Comte, estudia las diversas etapas atravesadas por la humanidad, desde los salvajes de la edad de piedra hasta nuestros días, y descubre así en nuestras instituciones modernas una masa de supervivencias, de instituciones que datan de la edad de piedra. Nuestras religiones, nuestros códigos, nuestros hábitos concernientes a los muertos, las grandes fiestas anuales, todo está lleno de ellas. Y es al estudiar la evolución, el desenvolvimiento gradual de las instituciones y de las supersticiones como se llega a comprenderlas, digamos la palabra: a despreciar nuestras instituciones legales, estatísticas, rituales y otras, así como a prever el desenvolvimiento futuro de nuestras sociedades.

Spencer ha hecho ese trabajo, con esa ausencia de comprensión de otras instituciones que las que se encuentran en Inglaterra, que caracteriza a la mayoría de los ingleses. Además no conocía los hombres. No ha viajado (no ha estado más que una vez en los Estados Unidos y una vez en Italia, donde se sintió muy desgraciado en un ambiente que no era su ambiente habitual inglés), y no ha comprendido jamás el espíritu de las instituciones de los pueblos no dotados de policía.

Es por eso que encontramos continuamente en su Sociología y en su Ética afirmaciones absolutamente falsas, sea que se trate de interpretar antiguas cos-



Suscríbese a la Editorial, compañero

tumbres, sea que se trate de levantar el velo del porvenir.

IV

Si el comunista anarquista tiene derecho a hacer a Spencer los reproches que hemos formulado en el capítulo precedente, es preciso decir no obstante que sus conclusiones sociológicas y éticas (moral societaria) son mucho más avanzadas que todas las que se encuentran en las teorías estatistas de la sociedad, nechas hasta hoy, por todos los escritos del campo burgués.

Lo que deduce de su sabio análisis es que las sociedades civilizadas marchan hacia una completa emancipación de todas las supervivencias teocráticas, gubernamentales y militares que existen entre nosotros hasta el presente.

En el grado que se puede prever el porvenir, al estudiar el pasado, las sociedades humanas marchan hacia una condición en que el espíritu batallador y agresivo, así como la estructura militar que caracterizan la infancia de las sociedades, cederán el puesto al espíritu industrial y a una organización basada en la reciprocidad y en la cooperación voluntaria. Esta, por su parte, a medida que las viejas instituciones guerreras, — realeza, ejército, nobleza, Estado — desaparecen más y más, hará crecer el espíritu altruista, socialista. Si bien que — y aquí Spencer se encuentra con los anarquistas — la sociedad llegará a un estado en que no sufrirá ninguna presión del exterior, en virtud de hábitos sociales establecidos, y los actos de cada uno no tendrán ya por fin someter a los otros, sino que contribuirán, al contrario, a aumentar el bienestar general y a garantizar la independencia de cada uno.

Allí donde todos los teóricos estatistas predicaban la disciplina, la subordinación, la concentración estatista, Spencer prevé la abolición del Estado, la emancipación del individuo, la libertad completa. Y aunque burgués, individualista él mismo, no se detiene en esa etapa de individualismo que es el ideal de la burguesía actual: ve la cooperación libre (lo que nosotros llamamos la libre entente comunista), extendiéndose a todas las ramas de la actividad humana y llevando la sociedad al perfecto desenvolvimiento de la personalidad humana, con todos sus rasgos personales, individuales — a la *individuation*, como dice Spencer.

Siendo la tierra propiedad común y yendo a parar toda la ganancia que produce a la sociedad — no al individuo — no habrá necesidad, piensa Spencer (y en eso evidentemente se engaña) de tocar la propiedad individual en el dominio de la industria. La cooperación inteligente bastará. Es preciso advertir solamente que por cooperación Spencer no entiende esas compañías de accionistas del cuarto Estado, que hoy se llaman cooperación. Comprende todos los esfuerzos combinados de los individuos, sea para producir en común, sea para consumir, sin esas ideas de ganancia y de explotación de los accionistas, que constituyen la esencia de las cooperaciones actuales. Ve en ella lo que entre los anarquistas se llama "un medio libre".

Esa será una sociedad, dice, "en que la vida individual será impulsada así hasta su mayor extensión posible, compatible con la vida en sociedades, y la vida en sociedades no tendrá otro fin que mantener la esfera más completa de la vida individual." Iria así hasta el libre acuerdo comunista, cuyo fin debería ser el desarrollo más amplio de la vida individual — la más alta *individuation*, como él decía en oposición al individualismo, — comprendiendo por *individuation* el más completo desarrollo de todas las facultades de cada uno, y no el individualismo estúpido del burgués que predica el cada uno para sí y "dios para todos".

Sólo que como verdadero burgués, Spencer apercibía en cada esquina el espectro de los "perezosos" que no trabajarán si su existencia es garantizada en una sociedad comunista; veía en todas partes al *looper*, que tritará a la puerta de un club en espera del burgués a quien va a ayudar a subir al coche, y al cual pedirá (¡oh, cretino!) una pieza de diez céntimos. Además, a menudo se frota uno los ojos al leer a Spencer, para preguntarse si es él, un hombre tan inteligente, quien lanza semejantes sandeces

contra los desarrapados, o el que murmura contra la obligación de dar un ejemplar de sus obras a la biblioteca gratuita del British Museum, o bien contra la educación gratuita para todos!...

El espíritu limitado del burgués reaparece así, en medio de las más altas concepciones, y en eso Spencer tiene un rasgo notable en común con Fourier, que, también él, hombre de genio, tenía semejantes retrocesos de tendero en medio de sus más hermosos vistazos. No olvidemos tampoco a los colectivistas que tienen también el mismo miedo a los "perezosos", sólo que encubiertos por medio de palabras y de fórmulas.

Pero, modificad las conclusiones de Spencer, allí donde peca con demasiada evidencia contra lo que nos enseña el estudio de los hombres. Profundizad su observación más burguesa para deducir el verdadero motivo — que será siempre el odio a toda imposición sobre la libertad plena y entera del hombre, el deseo de provocar la mayor suma de iniciativa, de libertad y de confianza en sus fuerzas. Corregid el sistema allí donde Spencer no ha profundizado bastante las consecuencias del capitalismo moderno. Buscad la verdadera palabra de su respeto hacia la propiedad, que será siempre, como en Proudhon, el odio al Estado y el temor al convento y al cuartel. Haced esas correcciones, — y en eso está la ventaja y la belleza de toda investigación inductiva, científica, que sus errores pueden ser corregidos sin quebrantar el conjunto — y encontrareis en Spencer un sistema social que se parece inmensamente al de los comunistas anarquistas.

Si los anarquistas individualistas, como Tucker, han aceptado a Spencer, tal como es, con su individualismo burgués para la propiedad industrial y su "retribución" burguesa, han aceptado la letra de su sistema más bien que el espíritu. Porque bastaría hacer las correcciones a que nos autoriza Spencer mismo, introduciendo su cooperativismo voluntario y su ataque a la apropiación individual del suelo, para llegar a nuestras conclusiones. Es lo que ha sido constatado con sentimiento por varios grandes periódicos ingleses en sus artículos necrológicos sobre Spencer.

Hasta el presente, en todas las teorías de la sociedad que nos fueron presentadas por los filósofos, el individuo se encontraba sacrificado al Estado. Comte, después Kant y tantos otros, caían en el mismo error, y los metafísicos alemanes aumentaron la nota de su feroz adoración del Estado.

El sistema de Spencer es el primero que, por una parte, se emancipó de toda superstición religiosa, de toda superestructura metafísica y, por otra parte, afirma rotunda y altamente la soberanía del individuo. El Estado no prima ya como fía de la evolución humana (estilo alemán). Es, al contrario, el individuo el que está colocado en el primer plano y a él le corresponde elegir la sociedad que quiere; a él le corresponde determinar hasta qué grado quiere entregarse a esa sociedad.

Es la excesiva sumisión a su rebaño, lo que es preciso combatir en el hombre, nos enseña Spencer, de ningún modo la independencia; mientras que todas las religiones y todos los sistemas sociales habían combatido precisamente el espíritu de independencia, por miedo a formar rebeldes.

Desgraciadamente tampoco aquí queda Spencer fiel a sí mismo. Hace una afirmación revolucionaria, y se apresura a suavizarla, ofreciendo un compromiso. Y una vez que ha penetrado en esa vía, es obligado a irse de una concesión a otra, si bien, al fin de cuentas, ha comprometido toda su obra.

Después de haber dado el título *El individuo contra el Estado* a una de las partes de su *Sociología*, admite, sin embargo, el rol negativo, conservador del Estado. Así el Estado no deberá emplear los diceros públicos en crear una biblioteca nacional; no fundará universidades; eso no es cosa suya. Pero velará por la protección de los individuos unos contra otros. Protegerá sus derechos de propietarios. Y como son precisos jueces para explicar esas leyes, charlatanes elegidos



— perdón, representantes — para hacer las leyes, y universidades para enseñar el arte de hacer las leyes, Spencer llega a reconstituir el Estado en sus piores funciones, hasta la prisión y la guillotina perfeccionada.

También allí, aquí sobre todo, le falta audacia. El *justo medio* lo retiene. Quizás se sentía molesto por la falta de conocimientos, porque esbozó su filosofía en una época en que su saber era muy restringido, y toda su vida fué perjudicada por la ignorancia de otros idiomas que el inglés. ¿O bien era su naturaleza y su educación que no le permitían adquirir el ímpetu que un filósofo de su famosa inteligencia habría debido adquirir? ¿O bien era la influencia de ese medio inglés, siempre "centro izquierda" y jamás Montaña?... Su *autobiografía*, que va a ser publicada, nos lo explicará, quizás.

He aquí un corto esbozo, los rasgos distintivos de Spencer.

Crear una filosofía sintética, que es un resumen de todo el conjunto de los conocimientos humanos y que da una explicación material de todos los hechos de la naturaleza, así como de toda la vida intelectual del hombre, y de la vida de las sociedades, es una obra inmensa. Spencer la realizó.

Pero aún reconociendo el servicio que ha prestado, sería falso dejarnos arrastrar por nuestra admiración hasta creer que la obra contiene realmente los últimos resultados de las ciencias y del método inductivo aplicado al hombre. La idea madre de esa obra es justa. Pero en sus aplicaciones fué viciada algunas veces por diversas causas. Algunas de ellas acaban de ser indicadas. Otras, tales como el método vicioso de las analogías, y sobre todo la exageración de la lucha por la existencia entre individuos de la misma especie, y la poca atención dada a la ayuda mutua — otro principio de la naturaleza, — han sido mencionadas en el opúsculo *La ciencia moderna y el anarquismo*, conocido ya de los lectores.

No podemos aceptar todas las conclusiones de Spencer. Hasta debemos corregir la mayor parte de ellas en su *Sociología*, como lo ha hecho un escritor ruso, Mikailovsky, sobre un punto muy fundamental, la teoría del progreso. Aquí debemos permanecer más fieles al método científico; allí debemos desembarazarnos de algunos prejuicios; o bien hacer un estudio más profundo de tal grupo de hechos...

Pero encima y al margen de todo eso queda un hecho de la más alta importancia, probado por Spencer.

Desde el momento que se trata de construir una filosofía científica del universo, incluso la vida de las sociedades, se llega necesariamente, no sólo a la negación de un dios creador que gobernaría el universo; no sólo a la negación del alma inmortal o de una fuerza vital especial; sino que se llega también a derribar ese otro fetiche, el Estado, el gobierno del hombre por el hombre. Se llega en lo que concierne al porvenir de las sociedades civilizadas, a prever la anarquía.

En ese sentido, Herbert Spencer ha contribuido inmensamente para que la filosofía del siglo en que entramos fuese anarquista.

PEDRO KROPOTKIN

Un problema de cultura

Suscribiéndose cada anarquista militante a cinco o diez tomos de la Editorial LA PROTESTA — que tiene en el primer término de su programa la edición de las obras completas de Bakunin — se plantea la solución de un problema de cultura. La propaganda revolucionaria tiene en el periódico, el folleto y el libro sus principales elementos de difusión, y sólo será eficaz cuando contemos con los medios necesarios para librar nuestra literatura de la tutela de los comerciantes libreros y editores.

Un problema de cultura revolucionaria nos hemos planteado al dar vida a la Editorial LA PROTESTA, de cuya eficacia pueden hablar los libros ya editados y puestos al alcance de todos los obreros estudiosos. Para resolverlo necesitamos de la ayuda de todos los anarquistas y simpatizantes, y esa ayuda se circunscribe al adelanto del importe de una suscripción, por cinco o diez tomos, de los camaradas dispuestos a secundarnos en la tarea emprendida.

Compañeros: suscribíos a la Editorial LA PROTESTA, enviando a la Administración el importe de cinco tomos (6 pesos) o de diez volúmenes (12 pesos), entre los que figuran las obras completas de Bakunin, prologadas por Max Nettlau.



Nosotros no hacemos alardes de revolucionarios, pero lo somos; y lo somos algo más que los que tanto lo vociferan. Lo somos tanto como ellos en el procedimiento, ya que nunca hemos creído, ni podemos ahora creer, que por las vías legales y pacíficas se haya de llegar al logro de nuestras aspiraciones; y lo somos infinitamente más en las ideas, ya que ni en el orden político, ni en el orden económico, ni en el orden social, retrocedemos ante reforma alguna que la razón aconseje y la justicia reclame... No es la revolución una torpe mercetriz ni una desgreñada furia; es una matrona de viril porte que aparece en las grandes crisis de los pueblos armada de una antorcha con que purifica y alumbra. Abre a las naciones nuevos rumbos y nuevos horizontes y las lleva con paso firme al reino de la justicia.

F. PI Y MARGALL